

Domingo 21: La Comunión de los Santos

Pregunta y Respuesta 55

Lectura: 1 Corintios 12:12-31

Salterios:

Primero: 227:1,3

Segundo: 371:1-2

Tercero: 348:1-4

Cuarto: 334:1,4

Último: 413:1-2

Querida congregación,

La Palabra de Dios nos enseña que la iglesia es el cuerpo de Cristo. Hay muchos miembros; sin embargo, como oímos en 1 Corintios 12, es un solo cuerpo. La última vez, aprendimos que debemos ser miembros *vivos* de ese cuerpo. También hay miembros muertos, y tristemente, eso puede ser cierto para muchos en la iglesia. Uno podría andar por esta vida con una pierna artificial; sin embargo, sigue siendo artificial. Esa pierna incluso puede ser de mucha ayuda para el cuerpo, pero es y sigue siendo muerta. Así, hay personas que, siendo miembros de la iglesia, pueden ser de mucha ayuda para ella; sin embargo, no son nada más que miembros muertos. Debemos convertirnos en miembros vivos del cuerpo de Cristo.

Hay otro asunto de gran importancia. ¿Cuál es? Debería haber *unidad* entre el cuerpo de Cristo. En otras palabras, debería existir comunión entre sus miembros. Cuando las personas se convierten en miembros vivos de la iglesia, comienzan a buscar el bienestar del cuerpo y a practicar la comunión de los santos. Esto es lo que escucharemos hoy. Con la ayuda del Señor, deseamos considerar el Domingo 21 de nuestro Catecismo, Pregunta y Respuesta 55. Escuchemos la segunda pregunta del Domingo 21.

Pregunta 55: ¿Qué entiendes por la comunión de los santos?

Respuesta: Primero, que todos los fieles en general y cada uno en particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de Él y de todos Sus bienes y dones. Segundo, que cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio de los demás.

La Pregunta 55 de nuestro Catecismo de Heidelberg habla acerca de:

La Comunión de los Santos

En esta comunión vemos un vínculo doble:

1. El vínculo con Cristo
2. El vínculo con Su pueblo

Lo que encontramos aquí es la comunión de los santos. Esa comunión consiste, en primer lugar, en el vínculo con Cristo: “Primero, que todos los fieles en general y cada uno en particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de Él y de todos Sus bienes y dones”. En segundo lugar, consiste en el vínculo con Su pueblo: “Segundo, que cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio de los demás.”

Primer pensamiento. El vínculo con Cristo.

Congregación, hay dos cosas que podrían sorprendernos en esta respuesta. Si se nos preguntara a *nosotros* qué significa la comunión de los santos, muchos podríamos responder de una manera totalmente diferente. En primer lugar, pensando en la palabra “santos”, nuestra respuesta probablemente sería: “Los santos son personas muy santas, casi perfectas; apenas pertenecen más a este mundo”. Sin embargo, el Catecismo no habla acerca de los santos de la misma manera que los católicos romanos. Los santos son pobres y necesitados pecadores que creen en Cristo para salvación y santificación. Son seres humanos que luchan continuamente con su naturaleza corrupta y sus pecados actuales. La pregunta que sigue a la Pregunta 55 habla acerca del perdón de pecado. Allí no oímos de las grandes hazañas de los así llamados santos, sino el lenguaje de un pobre pecador. Le escuchamos lamentarse de sí mismo y del hecho de que está involucrado en una lucha perpetua con su corazón depravado. Tal pecador es un santo en el sentido bíblico de la palabra. Es alguien que no puede esperar nada de sí mismo. Es alguien que está perdido ante Dios y mira por fe hacia ese precioso Salvador que dio Su vida en el Calvario. Es alguien que sigue humildemente los pasos de Cristo y que se sienta a Sus pies. Así es como nuestro Catecismo habla acerca de los santos.

Además, ¿cómo habla este libro de consuelo acerca de la *comunión* de los santos? Aquí viene la segunda sorpresa. Si se nos planteara la pregunta: “¿Qué significa la comunión de los santos?”, nuestra respuesta probablemente sería que los hijos de Dios tienen un vínculo el uno con el otro. O diríamos que debería existir tal vínculo en la congregación y que aún falta mucho en ese aspecto, especialmente en la vida de los demás. Sin embargo, cuando nuestro Catecismo de Heidelberg lo explica, la respuesta es diferente otra vez. Nuestro Catecismo habla, en primer lugar, del vínculo con Cristo como la Cabeza de la iglesia, de esa estrecha relación entre Cristo y Su pueblo. Solo entonces habla del vínculo que existe entre los verdaderos creyentes.

Congregación, ¿vemos la importancia de esta respuesta? El Catecismo quiere decir que, si no tenemos un vínculo con Cristo, tampoco lo tendremos con Su pueblo, por lo menos, no el vínculo del que habla la Palabra de Dios. Ciertamente, es un privilegio cuando hay un vínculo dentro de la congregación y cuando existe un afecto sincero de unos por los otros. Si todo está bien, los miembros tienen un interés en el bienestar de la iglesia. Cuando un miembro sufre, todos los demás sufrirán también. Cuando un miembro se regocija, los demás también se regocijarán con él o ella. Es un gran privilegio cuando hay un vínculo de amor y unidad dentro de una congregación. De hecho, así es como *debería* ser. Sin embargo, nuestro Catecismo va un poco más profundo aquí. La pregunta debajo de la superficie en el Domingo 21 es: “¿Cuál es la raíz de ese vínculo? ¿Cuál es la fuente de esa comunión dentro de la iglesia?” Si no es el Cristo vivo, al final no llegará a nada. Podría incluso terminar en confusión y amargura.

Así fue en la iglesia en Corinto. Había mucha desunión y una gran falta de amor entre ellos. Había grupos con un espíritu de facción. Uno decía: “Me pertenezco a Pablo”; el siguiente: “Estoy con Apolos”; y otro más declaró solemnemente: “Yo soy de Cristo”. Había división. Había muy poco de la comunión de los santos. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón cuando eso sucede en una congregación? Por cierto, podemos decir que la raíz de todo ello es el orgullo. Es cierto, pero entonces permanecemos aún en la superficie. La causa más profunda de la desunión en Corinto fue que se carecía de la comunión con Cristo, de esa íntima comunión con la Cabeza de la iglesia. Si no se practica la comunión con Cristo, ¿qué sucederá entonces con la comunión de los santos dentro de una iglesia?

Congregación, separados de Él, nada podemos hacer. No podemos amar verdaderamente a los demás, ni tampoco podemos negarnos a nosotros mismos sin Él. Si hablamos de comunión dentro de la iglesia, *este* debe ser el secreto, la raíz, la fuente de todo. Debe haber un vínculo vivo con Cristo. Si no hay una línea vertical, tampoco puede haber una línea horizontal. Si se carece de la raíz de la fe, se carecerá del fruto de amor. Si usted está viviendo en el egoísmo y la amargura, podría decirse a sí mismo: “Intenta ser un poco más amable con los demás”, pero la pregunta principal es: “¿Cómo está ese primer punto? ¿Cómo es la disposición de su corazón delante de Dios y Cristo?” Si usted no puede mentir, es una de dos: o nunca ha experimentado esa dulce comunión con Cristo, o no está funcionando en este momento. ¿Lo entienden?

Solo piense en una flor. Si usted arranca una flor, la tendrá hermosa por un tiempo corto. Sin embargo, muy pronto esa flor comenzará a marchitarse porque habrá sido separada de su raíz. Así es con la comunión de los santos. Debe haber primero un vínculo con Cristo. “*Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso*” (1 Juan 4:20). ¿Cómo puede alguien que conoce el gran amor de Dios para con Sus enemigos cerrar su corazón a los que necesitan lo mismo? Si alguien ama al Señor, también amará a su prójimo. Si un hijo de Dios vive cerca del Maestro, también vivirá cerca de Sus discípulos. Si eso falta, demuestra que la raíz no está allí. Revela que no es un cristiano en absoluto, o que está lejos de su lugar.

Congregación, esta es la razón por la que la respuesta a la Pregunta 55 comienza con el Señor Jesús: “¿Qué entiendes por la comunión de los santos? Primero, que todos los fieles en general y cada uno en particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de Él y de todos Sus bienes y dones”.

¿Notan el orden? Dice: “tienen la comunión de Él y de todos Sus bienes y dones”. No podemos tener la comunión de Sus bienes y dones si no participamos de Su Persona. Muchas personas siguieron al Señor Jesús solamente por los dones que Él les daba, por los milagros que realizaba en medio de ellos, y por el pan que distribuía, pero no tenían un interés sincero en Cristo mismo. No participaron de Él. Lo siguieron solo por un tiempo, pero todo terminó en decepción y enemistad. En un solo día, tres mil personas de Galilea abandonaron al Señor Jesús porque lo que Él decía era demasiado duro y ofensivo para ellos. Sin embargo, cuando todas esas personas se fueron, sus discípulos se quedaron. ¡Qué maravilla! Dado que habían sido confrontados por sus pecados y culpa, no *podían* irse —no *querían* irse. En toda su pobreza, dijeron: “*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna*” (Juan 6:68). Tenían “la comunión de Él y de todos Sus bienes y dones”.

Así, el Catecismo habla primero de Él y luego de Sus dones. Es Dios mismo quien forja el vínculo entre Cristo y el pecador. No es obra del hombre sino una obra de gracia. Es un vínculo establecido por el Espíritu Santo en la hora del nuevo nacimiento. Entonces el pecador es cortado de Adán e injertado en Cristo. ¿Lo sabe él? ¿Se da cuenta de ello inmediatamente? ¿Puede creer que ahora es partícipe de Cristo? No, comienza a creer que está sin Dios, sin esperanza y sin Cristo. Él ha quebrantado el vínculo entre él y su Hacedor. Ha pecado contra la ley de Dios y sus pecados se levantan contra él. No puede creer que Dios haya puesto Su mano sobre él en misericordia. No conoce a Cristo. No posee la gracia. Desde su punto de vista, es un pecador inconverso. Ah, no puede descansar hasta que haya encontrado a un Dios para su corazón y un Fiador para su alma. Debe ser restaurado a la comunión con Dios. Esto es lo que siente.

Congregación, el Señor hace espacio para Cristo y para las riquezas de Su gracia. No lo hace de una forma que eleve al pecador sino por un camino que lo humilla hasta lo bajo. Le enseña que, separado de Cristo, no tiene vida, ni paz ni perdón. ¿Quiere decir esto que no hay vida espiritual antes de que alguien sea consciente de haber sido unido a Cristo? ¿No hay etapas en la vida de gracia? ¿No existen corderos en la grey ni bebés en la gracia? ¡Sí los hay! Desde la misma hora de la regeneración hay vida espiritual. Desde el principio mismo hay ejercicios de fe y marcas de gracia. La vida no comienza solamente cuando el pecador es justificado en la corte de su conciencia. La vida espiritual ya es concedida en la hora del beneplácito del Padre.

Ciertamente, esa vida es una vida miserable, pero también es una vida dulce. ¿Quién puede expresarlo en palabras? Es la vida de un pecador que no tiene nada, que es tentado a retroceder

una y otra vez, pero que no puede hacerlo. Él dice: “Señor, Tu Palabra es la verdad, y me es preciosa, aunque expone todos mis pecados y miserias. El cuchillo de Tu Palabra nunca podrá cortar lo suficientemente profundo en mi carne. ¡Oh Señor, muéstrame lo que soy y conviérteme tal como Tú tratas con todo Tu pueblo!” Es una vida de altibajos, una vida con muchas dudas y temores, pero también una vida con ánimos inesperados y muestras del favor de Dios. El Señor preserva Su obra. No es una tierra de completa oscuridad para Sus pobres y necesitados. Hay momentos en que Él viene con dulces consolaciones e instrucciones de lo alto. Sin embargo, una y otra vez, hay un vacío en el corazón, un vacío que solo puede ser llenado por Cristo. Temen y tiemblan al pensar en la eternidad, y sienten que no pueden encontrarse con Dios sin una justicia aplicada a ellos.

¿Qué hace entonces el Señor? Él permite que Su pueblo muera para que Cristo llegue a serlo todo. El hombre quiere vivir, e incluso en sus ejercicios más santos obra en favor de sí mismo. No quiere rendirse. El Señor, sin embargo, lleva a Su pueblo a la muerte para que encuentre la vida en Cristo, fuera de sí mismo. Permite que pierdan todo para que abracen la justicia que Cristo ha merecido para un pueblo digno del infierno. Es por Su sangre y justicia que los enemigos son reconciliados con Dios.

Congregación, esa es la única cosa de la que no podemos prescindir. Ese es el asunto principal. ¿Somos participantes de Cristo? Debemos ser unidos a Él. No, no esperábamos esta respuesta a la Pregunta 55. Pensábamos que iba a ser acerca de buenas relaciones entre nosotros. En cambio, el instructor comienza a hablar acerca del Señor Jesús tal como lo ha hecho en los anteriores Domingos. Está tan lleno de Cristo que no puede permanecer callado acerca de Él. *Debe* encomiarlo y alabarlo. Debe decirnos que Cristo es el único fundamento y que todos los demás fundamentos son arena movediza. Enfatiza que no hay comunión espiritual entre las personas a menos que haya comunión con Cristo. Debemos tener la comunión de Él, y solo entonces tendremos la comunión de Sus bienes y dones.

Congregación, aquellos que no tienen nada en sí mismos y que no pueden estar sin Cristo son bienvenidos a Sus pies. Aquellos que continuamente preguntan: “¿Quién es, Señor, para que crea en él?” (Juan 9:36) no serán rechazados. “Porque él libraré al menesteroso que clame y al afligido que no tenga quien lo socorra” (Salmo 72:12). Esas Rebecas espirituales que preguntan: “¿Dónde está Aquel que es mayor que Isaac para que yo sea llevada a su tabernáculo?” recibirán el deseo de su corazón. Tendrán la comunión de Él, pero también de Sus bienes y dones. Obtendrán el perdón de pecados y la vida eterna. Recibirán la gracia y la gloria. Cuanto más se humillen, más recibirán de Su plenitud. “A pequeños y a grandes ... Aumentará Jehová bendición” (Salmo 115:13-14). Cristo pertenece a todo Su pueblo, sean pequeños o grandes. Él es la Cabeza de Su iglesia, pero también pertenece a cada uno de ellos individualmente. Así es como llegamos a nuestro segundo punto: la comunión de los santos como el vínculo uno con el otro.

Segundo pensamiento. El vínculo del uno con el otro.

Congregación, después de haber hablado de la comunión entre Cristo y Su pueblo, nuestro Catecismo procede a hablar de la comunión entre aquellos que son miembros de Cristo. Una cosa fluye de la otra, como podemos ver tan claramente en la iglesia primitiva entre la Ascensión y el Pentecostés. Aunque el Señor Jesús había partido, ciento veinte personas se reunían en unidad. Dado que el Señor Jesús ahora está a la diestra de Su Padre, estaban vinculados juntos por el mismo Espíritu. Había una íntima comunión entre Cristo en el cielo y aquel pequeño rebaño en la tierra. Había un vínculo estrecho entre los que estaban esperando la venida del Espíritu Santo. ¡Oh, eran de un solo corazón y una sola mente! Tenían el mismo vacío y el mismo deseo porque eran pobres y necesitados en sí mismos. Cuando las personas son ricas y se han enriquecido, son propensas a despreciar a los demás. El orgullo comienza a prevalecer y muy pronto pueden comenzar las contiendas. Pero cuando hay una pobreza consciente y un amor sincero por Cristo, habrá humildad y hermandad. Entonces hay lugar para la comunión de los santos.

Esa comunión es un don, congregación. El vínculo entre los hijos de Dios es algo muy precioso. No hay nada en la tierra que pueda compararse a ello. Puede haber buenas relaciones humanas (relaciones familiares, entre matrimoniales y entre amigos), pero la más íntima comunión —el vínculo más precioso— es la que existe entre los que temen al Señor y están viajando a la Jerusalén celestial. No hay comunión que sobrepase esta. En este mundo hay toda clase de comunidades, sociedades e ideologías, pero, por lo general, unen a las personas sobre el principio del interés propio. Así es como funcionan.

El comunismo es un ejemplo de ello. Externamente, las enseñanzas de Karl Marx parecen tan agradables: todos tendrán los mismos bienes, todos compartirán los mismos medios de producción y todos serán iguales. En cierta manera, esto se parece un poco a lo que leemos acerca de la iglesia después de Pentecostés. En Hechos 2 y 4, leemos que todos tenían todo en común y que nadie decía acerca de algo: “Esto es mío”. Algunos han llamado a esto una forma cristiana de comunismo. No es una designación apropiada, y espero volver a ello, pero se puede entender por qué lo dicen. El comunismo pone el énfasis en la comunidad, mientras que el capitalismo se enfoca en el individuo y se maneja enteramente por el principio del interés propio. Eso no es un principio muy bíblico, ¿no es cierto? El principio del libre mercado funciona tan bien porque las personas inherentemente están interesadas en sí mismas. El capitalismo estimula el deseo pecaminoso en las personas de hacerse ricas y tener cada vez más. El gran “yo” viene primero, y luego, muy en el futuro, quizá haya algún espacio para los demás.

Sin embargo, no caigamos en el error de pensar que el comunismo nos acerca más a la Biblia. En esencia, difiere completamente de la vida cristiana. El Señor Jesús enseñaba a Sus discípulos que abrieran sus corazones y manos a los demás y que dijeran: “Todo lo que tengo es suyo”. Lo

ejemplificó en Su propia vida y en Sus enseñanzas. El padre en la parábola dijo a su hijo mayor: *“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas”* (Lucas 15:31). Karl Marx, sin embargo, enseñaba a sus discípulos a decir: *“Todo lo que tienes es mío”*. En esencia, es el mismo interés propio que sustenta tanto al capitalismo como al socialismo. El comunismo estaba destinado a fallar, como hemos observado en las últimas décadas. Colapsó, no porque el papa en Roma o el presidente de los Estados Unidos lo hubieran derribado, sino porque en este sistema no hay amor, ni la voluntad de sacrificar desde el corazón.

Mientras el corazón del ser humano no cambie, nada cambiará. Por más hermosas que sean las palabras y los eslóganes, la sociedad no cambiará tampoco. Es el corazón del hombre el que debe cambiar. Eso es algo que Karl Marx no vio. Eso es algo en lo que el comunismo nunca tuvo éxito. Hay solo Uno que lo puede hacer —el Señor Jesucristo. Él es el gran Profeta, el único Sumo Sacerdote y el Rey eterno que tiene el poder para cambiar todas las cosas, incluso nuestro obstinado corazón. Cuando eso sucede, se forma una nueva comunidad. No es la sociedad utópica de Marx, sino el cuerpo místico de Cristo; no es la solidaridad de los obreros, sino la comunión de los santos. No, el pueblo de Dios no es santo en sí mismo; siguen siendo pecadores a los pies de Cristo, pero en ese lugar se encuentran unos a otros. El vínculo con Él también establece el vínculo con aquellos que lo aman en verdad y justicia.

Congregación, nuestros *corazones* deben ser cambiados. Desde que rompimos la relación con Dios en el Paraíso, nuestro corazón es malvado. Siempre buscamos nuestro propio interés. Somos odiadores de Dios y amadores de nosotros mismos. Las personas que se encuentran unas con otras después de la caída en el Paraíso son siempre egoístas. A menudo intentan sacar lo mejor de una relación. Esto incluso puede ocurrir en la vida matrimonial. El hombre caído, al parecer, es más cruel que los animales. Esto puede verse también en la vida eclesiástica. Algunos no vienen para dar, sino solo para recibir. Su pregunta principal parece ser: *“¿Cómo puede esta iglesia servirme?”* Si la iglesia les decepciona, ya no quieren formar parte de ella. Simplemente se van. ¿Saben por qué actúan de tal manera? Es porque vinieron a la iglesia con la pregunta: *“¿Cómo me **beneficio** de ella?”* y no con la pregunta: *“¿Cómo puedo **contribuir** a ella?”*

¡Si tan solo viniéramos con la pregunta de cómo nuestra alma podría beneficiarse de la verdad! Ojalá nuestro deseo fuera: *“¡Oh Señor, si tan solo pudiera recibir algo para mi pobre alma por Tu gracia libre y soberana!”* Si somos los más pequeños de todos, podemos quedarnos, incluso cuando otras personas a veces sean poco amables con nosotros. Entonces, más bien, nos asombrará que no se cansen de nosotros, de mí. La verdadera iglesia ha recibido un espíritu humilde. Conocen algo de esa tristeza que llevó a David a decir: *“He aquí, en maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre”* (Salmo 51:5). Tienen hambre de la palabra de Dios. Tienen un anhelo de ser lavados en la sangre de Cristo. Miran hacia Aquel que es el único capaz de satisfacer los deseos de sus corazones. Son unidos a Él y, a través de Él, están unidos los unos con los otros.

En ese sentido, congregación, el más pequeño en gracia está al mismo nivel que el más ejercitado en ella. ¿No dijo Juan, el apóstol del amor: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos”* (1 Juan 3:14)? Esto no solo se aplica a las almas consolidadas y aseguradas en la gracia, sino también a aquellas que apenas han dado sus primeros pasos en el camino de la vida. Sienten un fuerte vínculo con el pueblo de Dios, no porque ellos sean muy amables, sino porque han visto algo del Señor en ellos. Ven la gloria de Aquel de quien ya no pueden prescindir. Por lo tanto, al ver al pueblo de Dios, experimentan una estima profunda y un santo anhelo.

Hay una historia acerca de un pastor de ovejas que también sentía este respeto en su corazón. Era un alma preocupada. Siempre que el pueblo de Dios se reunía para hablar de los caminos del Señor, él se paraba cerca de una ventana abierta para escuchar. Cuando se iban después de la reunión, él esperaba hasta que desaparecieran por la esquina y luego intentaba caminar en sus pasos. ¿Le suena raro? Quizá suena raro para muchos, pero hay personas que pueden entender a este hombre inmediatamente. Por supuesto, andar literalmente en los pasos del pueblo del Señor no ayudó a ese pastor. No lo acercó a Dios, pero él había leído en *Cantar de los Cantares* que alguien que deseaba encontrar al Buen Pastor, alguien que se había convertido en una oveja perdida y que ya no podía seguir sin Jesucristo, debía salir tras las huellas del rebaño (Cantares 1:8).

No, el pueblo de Dios no puede ayudarnos en el sentido más profundo de la palabra. No pueden hacernos entrar al rebaño. El Pastor mismo tiene que venir y salvarnos. Sin embargo, cuando hay una obra de gracia en el corazón, el alma se une a los demás hijos de Dios. La vida atrae la vida. Solo piensen en Rut. ¿Entienden un poco de ello? Jóvenes, ¿alguna vez sienten una atracción hacia el pueblo de Dios en su corazón? Oh, ¿por qué no andan por los pasos del rebaño? ¿Por qué no visitan a los hijos de Dios? La puerta de su corazón está completamente abierta, y ustedes pueden preguntarles lo que el Señor ha hecho por ellos. ¿Dice quizá usted: “No sé a dónde ir”?

Sé de una mujer que también dijo esto. Desde el púlpito, ella escuchó que deberíamos ir a visitar al pueblo de Dios, pero esto la hizo sentirse molesta y enojada. Ella se preguntó: “¿A dónde debería ir? ¿Dónde puede uno encontrar al pueblo de Dios hoy en día?” Sin embargo, apenas pasó un solo día, y encontró a otra mujer de la misma congregación en un mercado de víveres. Esta mujer había sido tan bendecida bajo la predicación ese domingo, y su corazón estaba tan lleno aún, que había pedido al Señor que mandara a alguien a quien pudiera contar cuán bueno fue Él con una pecadora tan vil e indigna. Ella comenzó a hablar desde la plenitud de su corazón, y ustedes pueden entender cómo la otra mujer se deshizo en profunda vergüenza y volvió a casa. Ella clamó: “Oh Dios, me he atrevido a decir que ya no se podía encontrar a Tu pueblo, y ahora has enviado a una hija Tuya en mi camino. ¡No merecía escucharla hablar, y mucho menos merezco recibir la misma porción que ella!” Congregación, no digan que Dios ya no obra hoy en

día. Si usted aún es inconverso, no se esconda tras falsas excusas, sino acúcese a sí mismo ante el rostro de un Dios santo. Pídale que pueda conocer ese vínculo que procede de lo alto y que lo puede unir a esa compañía tan bendita.

¡Oh, la comunión de los santos es una cosa tan maravillosa! Cuando María y Elisabet se encontraron para hablar de las maravillas de la gracia, olvidaron la hora. El reloj se detuvo mientras sus corazones fluían juntos en el Señor. Esa comunión de los santos crea una íntima hermandad entre aquellos que participan de la misma preciosa fe. Hace que todas las distinciones queden de lado, como la distinción entre los ricos y los pobres. David tenía una esposa que no entendía nada de todo ello. ¡Cuán solo debió haberse sentido el rey en su propio palacio! Sin embargo, cuando se encontró con las hijas de Jerusalén y con otros que temían al Señor, no le preocupaba el hecho de que Mical lo menospreciara. Estaba dispuesto a degradarse a sus propios ojos y a humillarse aún más profundamente con esas personas sencillas del Señor.

Esa es la comunión de los santos. En el Señor se unen: el pobre y el rico, el letrado y el iletrado, el judío y el gentil, el negro y el blanco. Dulces lazos los unen, y un día glorificarán al Señor para siempre.

La unión entre ellos es una profunda unión espiritual. Al mismo tiempo, esta unión tiene un lado muy práctico y debe ser puesta en práctica. La comunión de los santos no es solo un privilegio, sino también un llamado. Tiene implicaciones para la vida diaria. Nuestro Catecismo también lo explica de esa forma. Dice: “cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio de los demás”. Eso es muy práctico, ¿no es cierto? También es muy bíblico. No hay mandamiento en el Nuevo Testamento que se mencione más a menudo que este. Después de haber lavado los pies de Sus discípulos, el Señor Jesús dijo: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros”* (Juan 13:34).

El Catecismo subraya este mandamiento: “Cada uno debe sentirse obligado”. Es una obligación. Es algo que los cristianos se deben unos a otros. Cada uno ha recibido su don peculiar del Señor, y ese don debe ser empleado, no para jactarse con orgullo, sino para servir a la iglesia y para ayudarse unos a otros en asuntos tanto temporales como espirituales. Eso se aplica incluso al don más pequeño. Nadie puede decir: “Tengo un solo don, y ese don es tan pequeño”. Es un privilegio si usted puede decir que tiene un don. Hay personas que ni siquiera saben que tienen un don. Si usted tiene un don pequeño, un talento pequeño, no sea celoso de otros que parecen tener más talentos. No diga: “Ellos son mejores que yo”. El Señor le ha dado precisamente el don que es adecuado y necesario para usted.

Hubo un hombre piadoso en Inglaterra llamado Calder. Aunque no era muy fuerte, aún se quejaba a su esposa: “Ojalá fuera un herrero”. Un día, su esposa lo miró a la cara y le dijo: “Si te

entregaran un martillo, tu brazo no tendría la fuerza para levantarlo. El Señor no te ha dado la fuerza para obrar con un martillo, pero sí te ha dado una voz con la que hablar. Ahora puedes usar esa voz para la gloria de Su Nombre”.

Cada uno tiene sus dones. Los levitas no eran sacerdotes. No podían ofrecer sacrificios ni pronunciar una bendición. Tenían que quitar la piel de los animales sacrificados. Ese era su trabajo. Tenían que encender las lámparas en el tabernáculo. ¡Oh, qué maravilla es si uno puede ser usado para encender una lámpara en la casa de Dios, al igual que los levitas, o para sacar agua y cortar madera para el tabernáculo, al igual que los gabaonitas! ¡Eso hace que su vida valga la pena!

Ahora, hay varios dones dentro de la iglesia. Esto también es según la sabiduría de Dios. El Señor ha distribuido esos dones entre los miembros de forma desigual para que se necesiten unos a otros. No deberían sentirse inferiores ni estar celosos uno del otro. El Catecismo dice que es nuestro deber emplear esos dones. Es nuestro llamado. Deberíamos ser de bendición para nuestro prójimo —tanto para el amigo como para el enemigo. Debemos emplear nuestros dones para su beneficio y salvación. ¿Cómo podemos ser de bendición para los demás? Eso no se logra siendo egoísta, ni menospreciando a los demás. Algunos padres lo hacen incluso en presencia de sus hijos. Al hacerlo, están sembrando viento, y cosecharán tormenta. Es solo cuestión de tiempo. ¡Nunca lo olviden!

¿Cómo entonces podemos ser de bendición para otros? Orando unos por otros, amonestándonos unos a otros y apoyando a los débiles. También recordando a los pobres, tanto los que están lejos como los que están cerca. El apóstol dice: *“Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe”* (Gálatas 6:10). Provean a los diáconos con los medios que necesitan para hacer su labor de benevolencia en el Nombre de Cristo. Debemos emplear nuestros dones con amor y gozo. Es importante *cómo* lo hacemos.

Cuando ustedes, jóvenes, rinden un examen, no importa si lo hacen de buena gana o de mala gana, mientras den las respuestas correctas. Eso es lo que importa. Pero cuando somos llamados a servir al Señor y a ayudarnos unos a otros, hay algo más que también importa. Entonces el Señor observa si lo hacemos de mala gana o de buena gana, con gozo o por compulsión. Él ama al dador alegre (2 Corintios 9:7).

Cada vez que se recoge una ofrenda en las iglesias en Nigeria, las personas vienen adelante para entregar sus ofrendas. Cuando se les pregunta por qué lo hacen de esa manera, ellos dicen: “El Señor no es un mendigo. Hemos recibido todo de Él. Así que, cuando se lo devolvemos, no deberíamos esperar hasta que los diáconos lleguen a nuestra silla. Vamos adelante para mostrar que llevamos nuestra ofrenda con corazón dispuesto”. Es una bendición si eso realmente puede ser el caso, congregación. ¡Oh, qué dulce gozo es cuando uno puede entregarse con un corazón

gozoso y dispuesto! El servicio del Señor es un servicio de amor. El poeta canta de ello, y deseamos hacerlo ahora también. Cantemos juntos del Salterio 334, estrofas 1 y 4.

* * * * *

Aplicación.

Consideremos una breve palabra de aplicación al terminar nuestra reunión. Hemos oído de la comunión de los santos. La primera pregunta es: “¿Pertenece usted a los santos?” No, la pregunta no es: “¿Es usted perfecto?” Tampoco es: “¿Tiene buenos pensamientos de sí mismo?” Más bien, la pregunta es: “¿Hay ese vínculo, ese vínculo vertical? ¿Ha sido su corazón atraído al Señor? ¿Hay un sincero deseo de pertenecer a Cristo y a Su cuerpo espiritual?” Los santos son las personas que creen en Cristo con todo su corazón. Se condenan a sí mismos, se aborrecen a sí mismos y no tienen a nadie más en el cielo o en la tierra sino a Él. Suspiran y gimen bajo un cuerpo de pecado y muerte, pero su clamor es: “¡Oh Señor, que pudiera ser cada vez más conformado a la imagen de mi Maestro!”

Congregación, eso es lo que necesitamos. Con un don o talento no podemos ser salvos. Podríamos tener cinco talentos, por así decirlo, pero necesitamos la gracia. Con un don quizá edificaremos la iglesia de Dios, pero con la gracia entraremos al cielo. ¡Distingan entre ambos! Es de suma importancia. Necesitamos la gracia. Debemos nacer de nuevo. Necesitamos ese vínculo con Cristo, puesto por el Espíritu Santo.

Usted es un miembro de la congregación; es parte del cuerpo. Jóvenes y mayores, pertenecen a la iglesia. No lo tiren por la ventana. No se mantengan a la distancia, sino acérquense. Todo comienza con el servicio de culto, porque es el corazón de todo. Allí podemos oír la Palabra de Dios. Nunca podremos estimar eso lo suficientemente. ¿Qué nos diferencia de los pobres que nunca han oído la verdad o de otros que están siendo engañados? El Señor nos ha confiado Su Palabra. Nunca nos cansemos de ello. Como el Señor no se cansa de hablarnos a nosotros, no nos cansemos de oírle a Él. Oh, invoquen Su Nombre y rueguen por ese vínculo espiritual. Entonces no se considerarán santos ante su propia estimación, sino que preferirían arrastrarse debajo de la tierra de vergüenza. Entonces, a la luz de la santidad de Dios, se convierten en nada más que pobres y pecaminosas criaturas de polvo.

Congregación, hemos quebrantado la ley de Dios. Hemos transgredido tanto la primera como la segunda tabla de la ley. Hemos pecado contra Dios y contra nuestro prójimo. Debemos ser lavados por la sangre de Jesús. Él debe llegar a serlo todo y en todo en nuestras vidas. No podemos permanecer sin Aquel que lavó los pies de Sus discípulos y que dijo: *“Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”* (Juan 13:14).

Ese es el segundo punto que hemos considerado. Así que, aquí está la siguiente pregunta: “¿Hay un vínculo de unos con otros? ¿Hay un lazo interno con el pueblo de Dios? ¿Hay unidad en la vida de nuestra iglesia?” No, no estoy hablando de unidad a expensas de la verdad. Que eso esté lejos de nosotros. Si la verdad no es predicada, debemos estar en guardia. ¡Entonces debemos hablar! Sería incorrecto chismear, pero también permanecer callados. En ese caso, deberíamos actuar como Aquila y Priscila cuando tomaron a Apolos consigo después de un servicio. Ellos le instruyeron conforme a la luz que habían recibido. Eso fue de bendición tanto para él como para la iglesia en general.

El Señor dice: “*Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo*” (Gálatas 6:2). ¿Podemos hacerlo por nosotros mismos? No, la conversión es necesaria para hacerlo. Si no, permaneceremos siendo amadores de nosotros mismos. Podemos actuar de forma humilde, pero aún no tenemos en vista a nosotros mismos. ¡Oh, somos hipócritas tan grandes! Por naturaleza, tenemos el espíritu de Caín, de modo que decimos o preguntamos: “*¿Soy yo guarda de mi hermano?*” (Génesis 4:9). Ese verdadero servicio del que leemos en el Domingo 21 es solo posible si somos convertidos, si hemos recibido de la plenitud de Cristo, si somos unidos Aquel que siempre tenía la gloria de Dios en vista y cuya comida era hacer la voluntad de Su Padre. Es solo posible en dependencia de las obras de Su Espíritu.

Querida congregación, que el Señor conceda y confirme esa unidad en medio de nosotros. Que también dé una migaja de amor en nuestra alma. Que nos bendiga con esa verdadera comunión de los santos, para el honor de Su Nombre, la salvación de nuestras almas, el bien de nuestros hijos y la edificación de Su iglesia. Amén.

Salterio 413:1-2